

II

MACARIO SACAY DE LEÓN (1878-1907)

EL PRESIDENTE SECRETAMENTE ASESINADO



Tras el cruel asesinato a bolazos, o machetadas, del Gral. Antonio Luna en Cabanatuan, provincial de Nueva Écija, y la captura a traición en Palanan, Provincia de la Isabela, del General y Presidente Emilio Aguinaldo, el ejército filipino que aun luchaba muy esforzadamente en contra de los invasores quedó bajo el mando del General Miguel Malvar, el denominado “último alto militar de la Primera República de Filipinas que todavía no se rendía a los invasores”.

El Gral. Miguel Malvar, oriundo de Lipa, provincial de Batangas, estaba llamado a asumir la presidencia de la República Filipina, vaciada por la captura y prisión domiciliar del Presidente Aguinaldo. Pero Malvar, por circunstancias aun desconocidas, decidió rendirse a los invasores americanos en vez de tomar la presidencia de la República y continuar con la resistencia armada. Con su rendición a los invasores, la Primera República de Filipinas quedó casi abandonada, como así lo querían los estadounidenses para justificar su anexión del territorio filipino. Los invasores alegaron, ante Malvar, que el territorio filipino ya era de ellos, porque lo habían comprado de España por veinte millones de dólares mediante el Tratado de París. Y el general batangueño les creyó.

En las difíciles circunstancias en que se encontraba, el Gral. Malvar no se dio cuenta que la supuesta “compra de Filipinas” no era nada más que un enorme truco urdido por los invasores. España, terriblemente derrotada, tenía que aceptar las imposiciones del mencionado Tratado de París. Y aquellas imposiciones por parte del victorioso imperio de América nos las imponía con miras de tener, a la postre, algún argumento “legal” con que luego decirles, a los patriotas filipinos, que su lucha por su propia República ya era inútil, puesto que su gobierno, al carecer de territorio, carecía de jurisdicción.

Pues la necesitada jurisdicción territorial ya la habían perdido los filipinos por el Tratado de París, firmado por España bajo coerción y triunfalmente aceptado por

EE.UU. Con dicho tratado, se le obligó bajo coacción a España a ceder el territorio filipino que ya no poseía. Consecuentemente, el territorio filipino muy injustamente pasó a ser “propiedad” de los Estados Unidos de América, y no ya de sus originarios habitantes, que habían ganado una guerra de liberación.

Pero hubo un katipunero que se rebeló contra el truco vil del invasor. Sabía que España, derrotada, había sido forzada a vender su provincia de ultramar, Filipinas, a los victoriosos norteamericanos, aunque ya había perdido toda su jurisdicción territorial sobre la misma, por lo que ya no tenía ningún derecho de enajenarla. Para este katipunero, el Tratado de París era nulo, en cuanto se trataba de una jurisdicción legal sobre el territorio que comprendía el Estado de Filipinas.

Altamente indignado por la terrible usurpación perpetrada por el invasor, el último katipunero, que ya había abandonado las armas, volvió a tomarlas organizando su propio ejército y declarándole la guerra. No tardó en registrar varias victorias militares en contra del ejército invasor de EE.UU. Aclamado por el pueblo filipino, asumió la Presidencia de la República filipina.

Este katipunero fue Macario Sacay y de León, oriundo del pueblo de Tondo, cabecera entonces de la provincial de igual nombre. Era sastre de profesión y actor en agraz de moro-moros (teatro indígena al aire libre cuyo tema es la lucha entre moros y cristianos) y zarzuelas, tanto en tagalo como en castellano. Era de una constitución robusta y de una mirada de águila. Poseía una buena medida de carisma personal y el pueblo lo siguió en su cruzada contra los invasores, que ya se venían distinguiendo por sus terribles atrocidades y crímenes contra la población civil de las islas.

El Presidente Sacay, tras una resistencia que duró siete años, hasta 1907, se dejó luego capturar, porque se le prometió un salvoconducto por mediación del abogado Dominador Gómez. Lo que le convenció al Presidente Macario Sacay fue la proclama de que Estados Unidos iba a permitir a los filipinos organizar su propio cuerpo legislativo, o una primera Asamblea en el año 1907.

Durante un baile dado por los americanos en su honor, Macario Sacay fue traicioneramente arrestado juntamente con el General Belarmino. Después de poco tiempo, los militares ahorcaron secretamente al Presidente juntamente con el General, declarándolos “bandidos” a raíz de la ley contra el “bandolerismo” que ellos mismos se habían inventado. Luchar contra el invasor era para la libertaria democracia norteamericana un acto de bandidaje.

Con el Presidente Macario Sacay, los invasores lograron suprimir por completo la primera República filipina fundada en 1896, para luego gobernar militarmente sobre Filipinas a fuerza de armas y masacres. La guerra impuesta por los más poderosos Estados Unidos sobre la República filipina de 1898 resultó en la muerte de la sexta parte de la población total del archipiélago entre 1899 y 1902. De una población isleña de casi diez millones (10,000,000), los *wasp* asesinaron a un millón seiscientos mil filipinos (1,600,000).

Mediante un mismo sistema educativo sostenido con el dinero extraído de los derrotados filipinos, forzados a rendirse como contribuyentes del gobierno colonial en su propio país, los invasores obligaron a la enseñanza de una “historia filipina” a su favor, que logró entorpecer a las incautas nuevas generaciones logrando, a la postre, su desnaturalización y desnacionalización como filipinos.

Con el sistemático entorpecimiento mediante una supuesta educación en idioma inglés, por encima de los idiomas tagalo y español, el “moderno” colonialismo impuesto por Estados Unidos ha logrado borrar, como el recuerdo heroico de Macario Sacay, los derechos económicos, lingüísticos, políticos y humanos del pueblo filipino hasta nuestros días.